

ligiosas. Estas dos clases de ritos se parecen en que los seres sobrenaturales, los exigen, en que ambos contienen la narracion de altos hechos, y en tercer lugar en que su objeto es el de obtener favor y evitar males.

Otro paralelismo se presenta todavía en íntima conexión con el precedente. Aparte de estas alabanzas á los muertos, hay las preces que se le dirigen. Livingston nos dice que los Beyos «rezan por los jefes y parientes muertos;» y Reade nos enseña que en el África ecuatorial, en época de desdichas, el pueblo va á los grandes bosques y llama á fuertes gritos los espíritus de los muertos. Los Amazulus, que alaban los espíritus por las razones que acabamos de ver, añaden oraciones á sus sacrificios. «El propietario del buey, dice uno de ellos, rogaba al Amatonga, diciendo:

«Hé aquí un buey para vosotros, espíritus de nuestro pueblo;» y orando «nombraba los abuelos y abuelas muertas, diciendo: «Ved ahí viveres para vosotros; yo os ruego me deis la salud del cuerpo, una vida feliz; tú, fulano de tal, trátame con misericordia,» y llamaba por su nombre cada uno de los miembros de la familia que habian fallecido.»

Lo mismo sucede entre los Veddahs. Créense guardados por los espíritus de sus antepasados é hijos; á cada calamidad, cada vez que tienen necesidad de algo, los llaman en su ayuda. «Invocan sus antepasados muertos llamándolos por sus respectivos nombres. Venid, dicen, tomad parte en esto, protejednos como lo hacíais cuando vivíais.» Segun Schoolcraft, un Dacobah, al partir para la caza, ora en estos términos: «Espíritus, tened piedad de mí y enseñadme donde podré encontrar un ganso.» Turner dice que los Vateos que «adoran los espíritus de sus antepasados, les imploran sobre la tierra de Kava para obtener salud y prosperidad.» En cuanto á los Neo-Caledonios, sus vecinos, dice que sacrifican las primicias de sus frutos en honor de los muertos y jefes divinizados, que el jefe viviente ora en alta voz en estos términos: «Tieno padre, aquí teneis viveres para vos, comed, y en consecuencia sed bueno para nosotros.»

La diferencia que existe entre las preces de este género y las que las razas más civilizadas dirigen á sus dioses, está en el origen ó supuesta naturaleza de los seres sobrenaturales á los cuales las preces se dirigen. En la Iliada, Chryses, sacerdote de Apolo, exclama: «¡Oh Sminthius, si he decorado con un techo tu templo encantador, y si he quemado por tí gordos muslos de toros y

cabras, atiende mi ruego. Haz pagar mis lágrimas á los Griegos con tus flechas.» Asimismo Ramsés, invocando el socorro de Amnnon en la batalla, le recuerda los treinta mil toros que ha inmolado. Esta petición de auxilio como compensación de los bienes que se han sacrificado, tiene en el fondo una semejanza perfecta con la petición ya citada. Entre los Troyanos ó los Egipcios y el Zulu ó el Neo-Caledonio, no hay diferencia alguna, lo mismo por lo que toca al sentimiento que por lo que toca á la idea.

Naturalmente, á medida que la evolución mental sigue su camino, se realizan modificaciones lo mismo en las preces que en las ideas hijas de las mismas. Los profetas hebreos que en los últimos tiempos nos dicen que al dios hebreo no le deleita ya el perfume de las ofrendas, es porque habian adelantado lo bastante para renunciar á este género grosero de manifestaciones religiosas que exigen provechos materiales proporcionados á los sacrificios materiales. Pero claro es también que á pesar de las protestas de los profetas el pueblo hebreo en general no habia abandonado sus creencias y usos primitivos. Pero si la idea que los pueblos semi-civilizados atribuyen á estas costumbres no reviste la misma forma que la de los pueblos salvajes, es sin embargo en el fondo la misma. El caballero de la Edad Media, que implora el socorro de la Virgen ó de un santo, y hace promesa de erigir una capilla si escapa del peligro, sigue el mismo sistema que el salvaje que negocia con el espíritu de sus antepasados y cambia viveres con protección.

Hay todavía entre estos dos órdenes de ritos otras analogías que no puedo exponer completamente por falta de espacio. Así no daré á cada una de ellas más que un solo párrafo.

Los Africanos orientales, segun cuenta Livingstone, creen «que los espíritus de los muertos vigilan lo que hacen los que han dejado en la tierra, y que están ó no contentos, segun sean buenos ó malos los actos que aquellos practican.» Segun Schoolcraft, los Dacotahs, á lo mejor de sus lamentos fúnebres, prometen al espíritu del difunto portarse bien. Estas promesas atestiguan la creencia de la reprobación del espíritu del antepasado, lo mismo que en las razas civilizadas, la creencia en la reprobación de Dios respecto á los hechos practicados por nuestros semejantes; en los mismos motivos que se funda la aprobación de Dios, fúndase la del espíritu antecesor.

Existen hechos que demuestran que el arrepentimiento tiene por causa la reprobación de los espíritus. Vambéry, que es quien nos ha dado á conocer las ideas y los sentimientos de los Turcomanos, nos dice «que nada les afecta tan-



to como ser acusados ante la sombra de sus padres ó de un antepasado. Para denunciar la acusacion se planta una lanza sobre la tumba. Desde el momento que Oraz vió fijada la lanza sobre la yorka de su abuelo, aprovechó el silencio de la noche siguiente para devolver el caballo á la tienda del mollah y volvió al lugar que ocupaba antes. Este acto de restitucion, me decia él mismo, que le perjudicaria por largo tiempo, pero que sin embargo preferia esto á que se turbara el reposo de uno de sus antepasados.»

En las relaciones de Morgan sobre los Iroqueses, leemos que una «parte importante de las ceremonias de duelo en honor de los Sachems, consistia en repetir sus antiguas leyes.» Aquí encontramos una analogía con la repeticion de los mandamientos divinos que tienen lugar en ciertos servicios religiosos.

No es cosa rara observar un rito fúnebre que consiste en encender fuego sobre la tumba en beneficio del muerto; algunas veces se mantiene el fuego ó se vuelve á encender durante un lapso de tiempo considerable. Relacionemos con estos hechos los usos de los Egipcios y Romanos que mantenian encendidas lámparas en las tumbas y sepulcros, y veremos en la conservacion del fuego sagrado en un templo un nuevo ejemplo de la transformacion de los ritos fúnebres en religiosos.

Uno de los caracteres naturales que presentan los funerales, consiste en las expresiones de dolor emitidas espontáneamente por personas que pierden un pariente: estas expresiones se convierten en ritos fúnebres: algunas veces en las sociedades avanzadas se refuerzan más aquellas expresiones con los gritos de los llorones asalariados. Así sucedia entre los antiguos Egipcios, entre el mismo pueblo, los gemidos eran tambien un rito religioso. Una vez cada año ofrecian las primicias de sus frutos al altar de Isis, acompañados con «tristes lamentos.» En Busiris, que es donde, segun se decia, se hallaba el sepulcro de Osiris, habia una fiesta anual, en la cual los fieles despues de ayunar, se vestian de luto y se lamentaban en torno del altar donde humeaba el sacrificio: el objeto de los lamentos era la muerte de Osiris. Dicho se está que los naturalistas partidarios de la teoría de las fábulas mitológicas hallaron un simbolismo en este culto; pero los otros encontraron muy significativa esta nueva semejanza entre los ritos fúnebres y los religiosos, si se tiene en cuenta que existia en un pueblo que ofrecia á sus muertos vulgares sacrificios tan estudiados, y que estaba apegado á sus costumbres con una fidelidad de la cual no hay otro ejemplo.

Si el salvaje no quiere revelar su nombre porque teme caer en poder de aquel que lo conozca, tampoco gusta de dar á conocer los de los muertos, pues

supone que despertaria su cólera si alguien ejercia sobre ellos el poder que da el conocimiento de su nombre. Este sentimiento está tan arraigado entre los Malgaches que, segun cuenta Dury, «estiman como un crimen el nombrar á los muertos por el nombre que llevaban en vida.» De la misma manera las diversas razas semi-civilizadas tienen prohibido por inconveniente el llamar á los dioses por su verdadero nombre. Por la misma razon los Indios evitan el pronunciar el nombre sagrado Om; lo mismo pasa entre los Hebreos, y por esto la pronunciacion de la palabra Jehovah no es conocida: en fin, Herodoto pone gran cuidado en no nombrar á Osiris.

Entre los Cafres, la tumba de un jefe es un asilo. En las relaciones de Mariner referentes á las islas Tongas, leemos que los cementerios donde enterraban los principales jefes son sagrados hasta el punto de que si en ellos se encuentran dos enemigos, en aquel recinto deben considerarse como hermanos. Aquí encontramos el origen del derecho de asilo que poseian los templos de los dioses entre los pueblos más adelantados.

Las visitas á las tumbas, ya para llevar á ellas víveres, ya para repetir las alabanzas, ya para implorar auxilios, implican un viaje, nombre que se da si la distancia á que se halla situada la tumba es corta; y si ésta está muy lejos adquiere el de peregrinacion. La prueba de que tal es el origen de la peregrinacion, la encontramos en la descripcion que nos hace Vambéry de ciertas tribus de Turcomanos, quienes consideran como mártir á aquel de los suyos que muere violentamente, en cuyo caso adornan su tumba y «van en peregrinacion al santo lugar é imploran con lágrimas de contricion la intercesion de un bandido canonizado.» La piedad filial reviste una forma más extensa á medida que el espíritu del antepasado cede paso al espíritu del hombre eminente, y la peregrinacion á la sepultura de un pariente se transforma en peregrinacion religiosa. Una tumba es siempre el término del viaje. Ejemplos: la ciudad en que fué enterrado Mahoma ó la ciudad en que nació; la tumba de Baha-Eddin, considerada como un segundo Mahoma. El tope que contiene las reliquias de Buddha; el sepulcro de Cristo. La peregrinacion de Cantorbery nos recuerda que las tumbas de los Santos han sido y son aun en el continente lugares de peregrinacion entre los cristianos.

Añadamos á lo dicho otro punto de analogía. Algunas veces los sobrevivientes comen una parte del muerto buscando de esta suerte inspirarse en las cualidades del difunto, y hemos visto la suposicion de que estos actos honran al mismo. Se ha visto que en el fondo de esta noción habia otra segun la cual la naturaleza de un sér inherente á todos los fragmentos de su cuerpo lo está